



Postal
gerundense

Payeses

por JORGE DALMAU



Ahora que nuestro río quiere cambiar de cara dejándose incluir en los planes de moderna urbanización, no vendrá mal la mirada a una postal-abuela que va a evccarnos un mercado en el Areny. Mejor se hubiera reconocido el paraje —hoy desconocido así— si en su lugar hubiésemos sustituido el negro y blanco de los bueyes y las velas de los carros por el mágico colorido de unos fuegos de artificio que cada año, ahora, escriben sobre un puente el ilusionado «Gloria a San Narciso» en la pirueta luminosa del último día de Ferias de Gerona. Nuestros padres habrán reconocido que hoy es día de mercado y que, con él, Gerona es visitada por los hombres de nuestras comarcas. Si es mercado será oportuna la palabra, que pobre sería él si tuviera que hacerse a la callada. Estamos, sencillamente, apoyados en la baranda del Puente de Piedra. Y la fecha podría ser un mil novecientos y unos pocos puntos suspensivos.

El mercado había ocupado el centro geográfico de la ciudad. No vamos a utilizar este hecho para ponderar una teoría sentimental propia de aficionados a notas de color. Si el mercado fué olor, color y sabor dentro de la ciudad y ahora ocupa otro lugar, es que sus razones tendrá el urbanismo y su razón el urbanizador.

Pero en un aspecto, tal vez más simbólico que real, concedemos que el mercado de ganado en el cauce del Oñar debía de representar la auténtica visita de la provincia a su capital, muy intimada, muy carne de su carne;

sería corriente el paso del ganado por las calles más céntricas y, por consiguiente, el paso de un hombre, detrás, dándole cuidado, comprensión y defensa.

Ahora el campo —su hombre— no nos expone a la vista su vida. Y la ciudad —su otro hombre— no mira tampoco hacia la vida del pueblo. Siempre pasamos con prisa por los pueblos, con excesiva prisa: Si viajamos en tren la vía se aparta asépticamente de las plazas de los pueblos; si vamos por carretera sus calles se atraviesan pisando el acelerador, huyendo de sabores, colores y olores —los que antes teníamos entre el Oñar y la muralla— porque aquel mundo no interesa más que para agitar unos adioses y corresponder de ese modo al mecánico saludo de unas gentes endomingadas paseantes carretera arriba, andén abajo (si todavía no tienen su escuter) hacia las seis de la tarde todos los días de precepto, esperando, esperando.

Para evitar el divorcio de la ciudad y el campo un articulista soñaba un día en poner para la juventud más responsable unas como visitas «de texto» a los pueblos de España, con menos velocidad, más tranquilidad, menos darle al claxon y más escuchar las esquilas en los prados. Y otro comentarista señalaba como «verdadera actitud nacional» la de tantos españoles del campo que los domingos por la tarde sacan su silla a la puerta de su casa y se sientan con el respaldo apoyado en la pared y las patas delanteras en el aire. El pueblo espera. Pero mientras espera hay quien

se cansa y se va a la ciudad. Barcelona ciudad aseguran que tiene tres cuartas partes de población con ascendientes payeses. Para enjuiciar este éxodo es preciso contar con el factor industrialización. (Por ejemplo, Estados Unidos en 1910 tenía en el campo 32 millones de habitantes, y en las ciudades 59 millones, mientras que en 1949 quedaban en el campo 27 millones y en las ciudades se apretujaban 119 millones; un solo granjero produce lo suficiente para alimentar y vestir a 15 personas, mientras que en 1910 sólo atendía a 11.) Pero además de la industrialización, y ciñéndonos al ámbito nacional hay otro hecho que puede explicar en parte aquel divorcio entre la ciudad y el campo: hubo una guerra civil. Y con, desde, por, sobre, tras ella hubo quien instaló cuartos de baño sin agua, y casi aparatos de Rayos X sin electricidad, en el gallinero. Los payeses ganaron su guerra. Y en la ciudad esto no se perdonó. Por eso quien estorba en el autobús o en el tranvía se le dice siempre es un «payés», quien comete la indelicadeza de creer que su acera es la izquierda es un payés, quien viste gabardina pasada de moda es que viene de payés..., por no citar más que unos pocos detalles característicos entre los mil que un espíritu observador iría descubriendo; y en un rehuir tomar contacto, cuando la ciudad construye un apéndice suyo en que

los vecinos muchas veces dispondrán de una parcelita para sus patatas, ajos, cebollas y tomates, entonces se le bautiza con el seudónimo de ciudad jardín. Jardín..., sí, sí...

Lo vitalmente importante es que el campo no se debe olvidar. Antaño el rebaño que entraba en Gerona era conducido a pie; hoy nos llega en impresionantes camiones que de sus panorámicas carrocerías sacan todos los mercados una preciosa carga que bien se parece al antiguo Caballo de Troya. Algo ha pasado para operarse tal cambio.

Urge mirar más hacia el campo; tal vez todos tenemos un complejo de casa-bloque desde donde sólo se ven paredes y paredes. Al hombre de la silla a la puerta de su casa, sentado con las piernas colgando, no se le puede ver.

Y ya que no vamos al campo, él ha de venir de cuando en cuando a certámenes y exhibiciones a testificar que sigue vivo. Son unos encuentros que serán más necesarios y urgentes cuanto menos interesados nos hallemos los de la ciudad por las cosas del terruño. Convertiremos el campo en rara pieza de vitrina cada día que nos sintamos menos payeses, cada día que nos incomode más el olor de un mercado de ganado, aunque venga de una inofensiva postal del año 1900.

